

ción completa de la vida de los discípulos, pues es fragmentario; son ejemplos de cómo ha de ser la vida de uno que ya ha sido salvado por Jesús.

¿Puede el cristiano cumplir esto? Sí, porque el cristiano pertenece a la ciudad de Dios, que está sobre la montaña, y su luz brilla por sí misma, sin hacer esfuerzos violentos.

El S. d. l. M. no es Ley, sino Evangelio, es decir, un don de Dios que ha de ser el fundamento de la vida del hombre que ha sido salvado por Cristo.

Esta primera parte sobre el S. d. l. M. es la más extensa y la más importante. Después pasa a el Padre Nuestro, el cual forma parte, tanto en Mt (6,9-13), como en Lc (11,2-4), de un catecismo de la oración, compuesto con frases de Jesús.

La tradición de Lc nos ha conservado el tenor más primitivo en cuanto a su extensión, pero la de Mt está más cercana del original en cuanto a la formulación de Mt.

En estos dos estudios, el Profesor J. Jeremías se muestra como un gran divulgador, con un método exegético modelo. Busca el sentido teológico, y lo hace con unión religiosa. Aunque sus afirmaciones proceden de un riguroso estudio del texto, sin embargo en la exposición prescinde del «aparato científico».

Los editores han hecho una buena contribución a la unidad cristiana publicando estos dos trabajos que son dos verdaderas joyas.

ENRIQUE PASCUAL

EUGEN RUCKSTUHL: *Die Chronologie des Letzten Mahles und des Leidens Jesu.* (Biblische Beiträge, 4). Benzignern Verlag Einsiedeln, Zürich, 1963. 137 x 217 mm. 124 págs.

La teoría de la Srta. Annie Jaubert es suficientemente conocida. Presentada en diversas publicaciones a partir del año 1953, aparece en su forma definitiva el año 1957 en el libro *La Date de la Cène. Calendrier biblique et Liturgie Chrétienne* (París, 1957). Se propone demostrar que hubo dos fechas hábiles para la cena pasqual, pero no el jueves-viernes, como se suponía generalmente, sino el martes-viernes. El libro del Profesor Eugen Ruckstuhl se mantiene en la línea de la hipótesis jaubertiana. El autor ya se había manifestado partidario de la nueva teoría en un artículo divulgador publicado bajo el mismo título en la revista «Schweizer Kirchenzeitung» 126 (1958) 185-187. En su nueva obra sigue punto por punto los pasos de Jaubert, pero invirtiendo el orden. Jaubert procedía de lo que consideraba más seguro a lo menos seguro, comenzando por el estudio del Antiguo Calendario Sacerdotal Judío, cuyo conocimiento y utilización reciben una potente luz de los recientes descubrimientos en Qumrán (I.ª parte de su libro), y pasando después por hacerse eco de una antigua serie de textos cristianos que nos hablan de la Cena de Jesús en martes (II.ª parte), llegaba a manifestar la posibilidad de solucionar con el Antiguo Calendario Sacerdotal y con los textos cristianos la aparente contradicción de los relatos evangélicos (III.ª parte). El proceso seguido por la Srta. Jaubert señala por tanto tres etapas y otros tantos estudios de valor muy diverso.

El Profesor Ruckstuhl ha invertido el orden. Es un dato sugestivo que nos revela la confianza del autor en la firmeza de la hipótesis jaubertiana. Comienza plan-

teando el problema de armonización de los textos sinópticos y de San Juan (pg. 20-36) y señalando las dificultades exegéticas con las que tropieza la cronología tradicional de la Cena el jueves (págs. 38-50), frente a las ventajas también exegéticas que ofrece la nueva cronología de la Pasión (págs. 50-55). El libro que comentamos no ofrece en este aspecto exegético ninguna aportación sobre la teoría ya expuesta por la profesora francesa. Hay, sin embargo, una omisión digna de observar. Nada se dice, en efecto, del argumento manejado por Jaubert a base de 1 Cor 11,23 (*La Date*, págs. 92 ss.)

En lo que pudiéramos llamar segunda y tercera parte de la obra se exponen las razones jaubertianas ya conocidas referentes a la denominada tradición de la Última Cena en martes (págs. 55-67) y en torno al Antiguo Calendario Sacerdotal Judío ilustrado por los nuevos hallazgos de Qumrán (págs. 67-120), no mostrando dificultad en admitir una Última Cena de Jesús con carácter esenio (págs. 99-100) y aceptando como valioso argumento el oscuro y tardío (siglo XII) testimonio aducido por A. STROBEL (*ZNTW* 15, 1960, 95-99) de Ananías Sharakuni, especialista armenio en Calendarios. Naturalmente el autor se hace eco a lo largo de su estudio de las publicaciones aparecidas con posterioridad al libro de Jaubert. No las cita de manera exhaustiva y desde luego ignora totalmente las aportaciones en castellano, tanto favorables como opuestas a la teoría jaubertina. En este aspecto ofrece algo original al destinar unas páginas (págs. 113-120) a la solución de dificultades exegéticas procedentes fundamentalmente del campo germánico e inglés. La obra se cierra con unas conclusiones claramente expuestas y bien resumidas (págs. 120-124).

El trabajo en su conjunto ofrece todas las ventajas y todas las dificultades de la teoría misma de Jaubert. Los reparos fundamentales que ponemos a la obra y la teoría jaubertiana son «de hecho». La verdad de todo el estudio sobre el Calendario —labor meritisísima de Jaubert y aspecto positivo del libro que comentamos de Ruckstuhl— sólo demuestra, en el mejor de los casos, la *posibilidad* de su utilización por parte de Jesús, y la *postibilidad* de solución del viejo problema exegético a base de una Cena en martes. Sólo en la medida en que los escasos testimonios que reflejan la cronología del martes represente una auténtica *tradición*, anulando la tradición del jueves, y únicamente en la medida en que el relato sagrado permita esta nueva distribución de hechos, es admisible en sus últimas consecuencias la teoría jaubertiana ahora defendida por Ruckstuhl.

Los textos que se refieren expresamente a la cronología del martes son cuatro: *Didascalia Apostolorum*, *San Epifanio*, *Victorino de Petavio* y el apócrifo *Libro de Adán y Eva*. En éste y en la *Didascalia* el examen interno de los textos nos da pie para considerar «sospechosos» en punto a historicidad los relatos que contienen. Hay un continuo *deseo de justificar* que trasciende todo el relato. Los testimonios de Epifanio y Victorino de Petavio sólo demuestran la existencia —en la Iglesia Oriental y en esa época— de la práctica litúrgica penitencial con ayuno en miércoles y viernes, y la existencia también de la corriente interpretativa que de la *liturgia quiere hacer historia* (y no, como piensa Jaubert, que «la historia se hace liturgia»).

Los textos que hablan *expresamente* de la cronología breve, con Última Cena en jueves, son numerosísimos, remontándose los más antiguos de ellos a la segunda mitad del siglo II (p. ej. *S. Justino*, *S. Ireneo* y *Clemente de Alejandría*). Algunos

de estos testimonios aparecen desligados del texto evangélico, e. d. no se presentan como «exégesis» (así S. Justino), aunque la mayoría de los autores se pronuncian con ocasión del relato evangélico. Todos los testimonios antiguos se expresan con una seguridad y naturalidad tales, que nos dan a entender que sus autores desconocen otra cronología. Sus afirmaciones no pueden considerarse como «simples deducciones del texto sagrado», sino más bien como manifestaciones de una realidad conocida y dada por supuesta, lo que encierra un alto valor tradicional.

Por su parte, los datos *evangélicos* a raíz de la misma Cena Última hasta la muerte de Cristo, difícilmente pueden ser decisivos por sí solos en favor de una u otra cronología. El relato hay que examinarlo en su totalidad arrancando desde la entrada triunfal en Jerusalén y abarcando la cronología de toda la Semana Última de Jesús. La actividad de Jesús desde la entrada triunfal hasta la Última Cena exige un marco cronológico incompatible con la distribución de hechos propuesta por la nueva teoría. La Cena de Betania se celebra seis días antes de la Pascua (Jn 12,1 ss). La entrada triunfal se ofrece al día siguiente de la unción (Jn 112.12), cinco días antes de la Pascua. Como en la cronología del cuarto Evangelio la Pascua aquel año vino a caer en sábado (Jn 20,1), la cena de Betania y la entrada triunfal ha de entenderse dentro de la semana anterior. Según los cálculos más probables la Cena de la unción fue el mismo sábado inmediato anterior a la Pascua, y la entrada triunfal el primer día de la semana, e. d. nuestro domingo. Como los Sinópticos después de la entrada triunfal distinguen dos fases (Mc 11,12 y 11,20; Mt 26,2; Mc 14,1), cada una de *dos* días, el cálculo deberá hacerse a partir del domingo de la entrada. 1) La fase de actividad intensa debió desarrollarse al menos durante lunes y martes. 2) La expresión «post biduum Pascha» (Mt-Mc) puede entenderse o como dos días completos, o incompletos, pero en ambos casos *al menos a un día de distancia* con respecto a la próxima celebración de la Pascua. Esta frase corresponde psicológicamente al cese de actividades y abre la segunda fase, debiendo colocarse el martes o miércoles. En cualquier hipótesis se excluye la posibilidad de una Cena en martes en la mentalidad de los Evangelios.

*San Pablo*, en el caso de 1 Cor 11,23 («in qua nocte tradebatur») pretende dar fuerza a su argumentación, subrayando el aspecto cronológico. La solemnidad de la «Cena dominica» estriba en la relación Eucaristía-Muerte. La Eucaristía que se celebraba inmediatamente después de la «Cena dominica» era esencialmente un *Memorial de la muerte* de Cristo. El pensamiento teológico de San Pablo quedaría destruido si se eliminara la relación Eucaristía-Muerte. Esta relación aparece acentuada por San Pablo al resaltar la *identidad de fecha*. Para que el pensamiento central de San Pablo no quede desdibujado se requiere: 1) que a la «traditio» se le de un valor complejo, con predominio de la idea de muerte, ya que la Eucaristía en toda esta pericopa paulina no se relaciona con el prendimiento, sino con la muerte del Señor; 2) que a «nocte» se le dé un valor cronológico enfático. La *misma noche* de su entrega a muerte, o mejor: la noche perteneciente al mismo día de su muerte Cristo dio el testimonio supremo de su amor instituyendo la Sagrada Eucaristía. En cualquier forma la omisión de este texto por parte del Profesor Ruckstuhl indica que el argumento a base de él no es considerado como favorable para la teoría jaubertiana.

En resumen, a través de todo el libro se observa una identificación perfecta de su autor con la nueva teoría, y un reestudio de los textos sagrados que explica la

omisión, al parecer intencionada, del argumento utilizado por Jaubert sobre el texto de San Pablo en 1 Cor 11,23, al que nos acabamos de referir. El hecho de que un autor de la talla de Ruckstuhl se haga eco de esta teoría revolucionaria, es un índice de que el tema no ha perdido aún actualidad en el campo de la exégesis.

FERNANDO MENDOZA RUIZ

## REVISTA DE REVISTAS

**Aegyptus, 44 (1964) ener.-jun.**—K. ROMANIUK, *Die «Gottesfürchtigen» im Neuen Testament*. (Esta fórmula señala desde comienzos del cristianismo la institución del catecumenado; para ser catecúmeno bastaba creer en Jesucristo), pp. 66-91.

**Angelicum, 41 (1964) jul.-dic.**—P. G. DUNCKER, O. P., *Recentiores opiniones de Vetere Testamento*. (Presentación y recomendación de la sexta edición de la obra de H. Höpfl «Introductio Specialis in Vetus Testamentum»), pp. 391-400.

**Antonianum, 39 (1964) oct.**—S. GOZZO, OFM., *De Scripturae Canone iuxta S. Bernardinum Senensem, O. F. M.* (El Tostado y S. Antonio identifican libros deuterocanónicos y apócrifos y no los aceptan en el canon; S. Bernardino sí acepta los deuterocanónicos), 387-407.—M. ADINOLFI OFM., *La Biblia dei Settanta tradotta in italiano*, pp. 489-492.

**Biblica, 45 (1964) 4.**—H. JUNKER, *In Principio Creavit Deus Coelum et Terram. Eine Untersuchung zum Thema Mythos und Theologie*. (Gen. 1,1, en oposición a antiguas cosmogonías, afirma la relación temporal entre «Dios» y «el cielo y la tierra»; sólo Dios está antes del principio), pp. 477-490.—P. BEAUCHAMP *Le salut corporel des justes et la conclusion du livre de la Sagesse*. (Sap. 19,6-21, se ha de tener en cuenta en la problemática de la incorruptibilidad física), pp. 491-526.—J. C. GREENFIELD, *Ugaritic «mdl» and Its Cognates*. (El ugarítico «mdl» es una metátesis del «lmd» msnico y siríaco), (pp. 527-534.—J. B. BAUER, *Philologische Bemerkungen zu Lk 1,34*, pp. 535-540.—S. LYONNET, *A propos de Romains 5,12 dans l'oeuvre de S. Agustín. Note complémentaire*, pp. 541-542.

**Bible et vie chrétienne, (1964) nov.-dicb.** *Le Langage de la Bible: La vérité historique des Evangiles. Instruction de la commission pontificale pour les études bibliques*, pp. 11-20.—L. ALONSO SCHÖKEL, *L'herméneutique à la lumière du langage et de la littérature*, pp. 21-337.—A. RIDOUART, *Notre lecture de la Bible et l'archéologie*, pp. 38-45.—C. FERRIÈRE, *Catéchèse et langage biblique*, pp. 46-52.—L. RAMLOT, *Les généalogies bibliques. Un genre littéraire oriental*, pp. 53-70.

**Bijdragen, 25 (1964) 4.**—P. ANDRIESEN, *De zonde van Onan*. (El pasaje de Gen. 38, 1-10 se refiere a una profanación del acto conyugal—reprobable ante los ojos de Yahvé— más que al incumplimiento de la Ley del levirato), pp. 367-377.

**Bulletin de Litterature Ecclésiastique, 4 (1964) octb.-dicb.**—M. DELCOR, *Chronique d'Ancien Testament*, pp. 292-298.